

GAUCHO: CRUCE FONÉTICO DE ESPAÑOL Y PORTUGUÉS

José Pedro Rona

(Universidade de Montevideo)

Como suele suceder con casi todas las palabras castellanas y portuguesas que no pueden derivarse directamente de algún vocablo latino clásico o vulgar — y en este caso se encuentran casi todos los vocablos considerados como típicamente rioplatenses y riograndenses — la etimología del esp. *gaucho* y del ptg. *gaúcho* ha sido el objeto de un número sumamente elevado de interpretaciones y de ensayos de interpretación. Como suele suceder también por estas latitudes, y con más razón cuando se trata, como aquí, de un término “epónimo” de la literatura gauchesca, término de primaria importancia en la literatura nativista del Brasil y de los países hispano-platenses, el problema de esta etimología no se ha conservado en el terreno de las discusiones esencialmente especializadas de los lingüistas, sino que ha trascendido al campo más vasto y menos técnico de las disquisiciones literarias, sociológicas e históricas, y aun al dominio del mero afán tradicionalista. No hay virtualmente ningún tratado o monografía sobre el tipo social del gaucho ni sobre la literatura gauchesca, que no intente resolver este gran problema del origen de la palabra, ya sea adhiriéndose, tomando bando por una de las hipótesis ya existentes, o bien aventurando una nueva.

Esta profusión de propuestas etimológicas — 36 de ellas figuran enumeradas por Buenaventura Caviglia hijo¹ — hace decir a J. Corominas² despectiva, pero acertadamente, que “la mayoría de estas etimologías no merece discusión”. Agrega Corominas que “la serie continúa y continuará, como es natural...”.

Por su parte, Eduardo Frieiro³ comenta que “o problema continua onde sempre estêve, no terreno das hipóteses aventurosas, sem dar um passo”. El erudito Augusto Meyer⁴ y otros llegan a la misma conclusión.

Pero la palabra existe. Existe y, por lo tanto, ha de tener alguna etimología. Nos proponemos en esta pequeña nota, volver a plantear el asunto, puesto que entendemos que en este terreno como en tantos otros, es preciso retomar sobre una base más científica las investigaciones que las contribuciones voluntarias de aficionados que muchas veces sólo podían ofrecer buena voluntad y nada más, han conducido a un punto muerto o aun directamente al ridículo, como sucede con esta palabra. Consideramos, como Corominas, que no merecen discusión las etimologías pro-

puestas que derivan esta palabra del hebreo, del árabe o aun de lenguas europeas como el inglés, el francés o el alemán. Tampoco la merecen las hipótesis que parten de lenguas indígenas más o menos cercanas al Río de la Plata (araucano, quechua, guaraní-tupí), pero que lo hacen con total desprecio o desconocimiento de las normas que gobiernan la formación y transformación de las formas externas y de los significados de las palabras. No podemos, en cambio, acompañar a quienes opinen que, frente a esta proliferación de hipótesis absurdas, haya que abandonar la búsqueda de la etimología correcta o llegar a la conclusión de que el problema se encuentra en un callejón sin salida o en el mismo estado en que se hallaba al comienzo. No es ésta la primera ni la única palabra rioplatense o castellana en general cuya etimología se discute. De la discusión resulta generalmente la verdad que, en una etapa posterior, se da por adquirida por la ciencia. La existencia de 36 hipótesis propuestas — o sea, mucho más que en un principio — no tiene por qué significar que la discusión científica del problema tenga que repartirse entre todas ellas. La situación no es caótica, ni mucho menos, si nos atenemos solamente a aquellas teorías que desde un punto de vista científico pueden ofrecer algún fundamento.

Nos proponemos, por lo tanto, retomar aquí la discusión de la etimología de la palabra *gaucho* (y ptg. *gaúcho*) con un resumen crítico de estas hipótesis que, a nuestro juicio, pueden poseer algún fundamento. Intentaremos aportar algunas consideraciones propias, nacidas de nuestros estudios del lenguaje dialectal de la región donde creemos que nació esta palabra — al menos en su forma actual — o sea la zona fronteriza entre el español y el portugués, que va desde el Norte del Uruguay⁵ hasta la Provincia argentina de Corrientes, y la zona brasileña comprendida entre ambas. Expondremos, finalmente, la razón de nuestra adhesión a la etimología propuesta por Buenaventura Caviglia hijo, que intentaremos formular sobre una base más conforme a los métodos de la ciencia etimológica actual.

Tres son, a nuestro entender, las etimologías de *gaucho* que podrían sostenerse con alguna fundamentación lingüística. Ellas son: la de Groussac, de 1904, que deriva *gaucho* de *gaúcho* y éste de **gauducho*, un hipotético derivado despectivo o diminutivo de *gauderio*, voz con que se designaba también a los gauchos. En segundo lugar, la hipótesis que fue presentada en muchas variantes por diferentes autores, entre los que creemos que el primero fue Martiniano Leguizamón, en 1894, y que parte del quechua *wáhča* "pobre, huérfano", haciendo así de *gaucho* una mera variante de *guacho*, mientras que el ptg. *gaúcho* sería una forma secundaria⁶. Finalmente, la de Buenaventura Caviglia hijo, que explica *gaúcho* a partir de *garrucho* "portador de garrocha", y toma el esp. *gaúcho* como forma secundaria.

Todas las otras explicaciones propuestas caben, a nuestro entender, bajo el rótulo de las que “no merecen discusión”.

El primer problema que se presenta es pues el de decidir si debemos considerar como forma primaria el esp. *gaucho* o bien el port. *gaúcho*. Corominas, que no toma en cuenta la etimología de Caviglia sino en una breve mención en una nota, se refiere al problema sólo para examinar la hipótesis ya mencionada de Groussac, y expresa: “*gaúcho* podría salir de *gaúcho* con arreglo a la conocida tendencia de la acentuación vulgar americana, pero el cambio contrario también es posible por ultracorrección, y el tono pintoresco y a veces semiculto de *gaúcho* me parece confirmar su carácter secundario.” Y, en nota al pie de la página, aporta como prueba el uso de la forma *gaúcho* por Fernán Silva Valdés quien la pone en los labios de una maestra de escuela.

Pero *gaúcho* no es una forma reciente, de la época de Silva Valdés, ni es una palabra exclusivamente uruguaya ni siquiera exclusivamente castellana. Su documentación remonta a 1854 (*Aniceto el Gallo*) y tal vez a 1820, si es que podemos interpretar la grafía “gahucho” de Saint-Hilaire como representación de un hiato y no un simple procedimiento para impedir que *-au-* fuera leído en francés como *-o-* (para lo cual sería más probable la grafía “gaoucho”). Su uso antiguo abarca, por lo demás, tres regiones — Rio Grande do Sul, Banda Oriental, Buenos Aires — mientras que su uso actual se circunscribe virtualmente al Brasil, habiendo desaparecido del castellano rioplatense. Por esta razón, *ahora* tiene tono pintoresco o pedantesco decir *gaúcho* ser el castellano del Río de la Plata; no tenemos ningún indicio de que lo tuviera hace un siglo o siglo y medio. Al contrario, no debemos olvidar que, en la época de su aparición, el término *gaucho* o *gaúcho* tenía un cierto sabor despectivo, ya que se refería a un tipo social que, antes de ser convertido en héroe por la literatura gauchesca y nativista y por su participación en las gestas emancipadoras, era menospreciado por la sociedad⁷. Nos resulta totalmente claro que la denominación de un tipo social de esta clase no se presta en absoluto a la introducción de ultracorrecciones. El gaucho mismo no podía hacerlo, puesto que carecía de la ilustración que siempre debe presuponerse en la génesis de una ultracorrección. El ciudadano semiculto, de quien precisamente podríamos esperar un proceso de este tipo, difícilmente lo aplicaría justamente a un término que en la época poseía evidente valor despectivo y aun inferiorizante. En tales vocablos, es más dable suponer que el habitante culto o semiculto de la ciudad cometa incluso vulgarismos deliberados (cf. el rioplatense *pajuerano* “campesino”, de *pa juera* “afuera”, en esta misma región), y no ultracorrecciones. Esto sin hablar de lo difícil que resulta admitir que *todo* el portugués del Brasil, incluso el vulgar, haya adoptado la forma ultracorrecta de un vocablo que ya antes debía de tener amplísima difusión en las capas populares.

La cronología de la aparición de las dos formas no nos ayuda en nada, puesto que ambas están documentadas desde casi la misma generación (últimas décadas del siglo 18 y primeras del siglo 19), con el agravante de que en general no podemos estar seguros de la lectura, ya que los antiguos omitían la mayor parte de las veces el acento escrito. Donde la métrica podría venir en nuestra ayuda, tampoco resuelve la cuestión, puesto que se trata de una época muy posterior y presenta además ambas formas en el mismo autor. La forma "cocoliche" *gavucho* no encaja en esta cronología, puesto que pertenece a un momento muy posterior de la vida de estos países.

Por lo tanto, tendríamos que elegir entre el proceso *gaúcho* > *gáucho*, que corresponde a un proceso fonético ampliamente documentado en esta zona, con muchos ejemplos y que ya figura en todos los manuales y monografías; frente a un proceso hipotético de ultracorrección (*gáucho* > *gaúcho*) que, por las razones expuestas, nos parece muy poco aceptable.

En vista de todo lo expresado, no creemos que pueda considerarse como acertada ninguna etimología que se base en una forma primaria *gáucho* y una secundaria, *gaúcho*. Entre estas etimologías, está incluida la que explica la palabra que nos ocupa aquí, como forma alternativa de *guacho* "huérfano", tal vez a través de una forma de transición *guaucho*, documentado en efecto en Colombia, siempre con el significado de "huérfano". Pero Colombia queda muy lejos del Río de la Plata y es, además, un territorio que se encontraba en los extremos del territorio lingüístico quechua, por lo cual, en esa zona, podría tratarse de una hispanización directa del vocablo quechua. No sucede así en el Río de la Plata, zona donde nunca existió el quechua como lengua hablada y donde, por lo tanto, todos los quechuismos provienen indirectamente del español de otras regiones americanas o aun del español de España. En estas condiciones, sería extremadamente difícil suponer que se pudiera formar precisamente aquí, en el Río de la Plata — y aun dentro de la región rioplatense, en la zona más alejada de la influencia peruana — una palabra que procedería de una forma de transición que sólo está documentada en el extremo opuesto del área quechua.

Nuestra argumentación puede resumirse así: según esta hipótesis, *gaucho* se habría formado de *guaucho*. Pero *guaucho* no está documentado en ninguna parte entre el Perú y el Río de la Plata, mientras que la supuesta variante *guacho* es común en todas estas regiones, incluso en el área gauchesca. Por lo tanto, todo nos indica que la palabra quechua *wáh̃ca* se vino desplazando desde el área quechua hasta el Río de la Plata en su forma ya hispanizada *guacho*, no en su forma quechua ni como *guaucho*. Y bien, *guacho* no podría haberse transformado aquí en *gaucho*, tanto menos como que al mismo tiempo subsiste muy vigorosamente la forma *guacho*.

Unidas estas consideraciones a nuestra conclusión de que *gaúcho* debió de ser la forma primaria, nos creemos autorizados a abandonar esta etimología que, además, nos parece tan sospechosa como todas las que quieren derivar del quechua o de otra lengua geográficamente alejada palabras que, como ésta, se dan solamente en el área rioplatense.

II

Entre el gran cúmulo de etimologías propuestas para el esp. *gaucho* y port. *gaúcho*, sólo hay dos que satisfacen la exigencia de considerar como primaria la forma portuguesa.

Son ellas: la que hace derivar este vocablo de **gauducho*, que sería diminutivo o derivado peyorativo de *gauderio*, y la hipótesis de B. Caviglia hijo, ya citada, que supone el paso de *garrucho* "portador de garrocha" a *gaúcho* y, de ahí, a *gaucho*.

Como ya lo demuestra brillantemente Corominas, es muy poco probable la primera hipótesis: "la pérdida de la *d* intervocálica, que es usual en el habla gauchesca en la terminación *-ado*, tiene poca extensión en el caso de *-ido* y en unos pocos más, es hoy inaudita en la Argentina en la mayor parte de las posiciones, y dudo que se produzca en parte alguna tras el diptongo *au* (no existe una forma como **caual* por 'caudal'), por lo tanto debe desecharse resueltamente la idea de Groussac."

A esto debemos agregar todavía, por nuestra cuenta, varias otras consideraciones que vienen en apoyo de lo dicho por Corominas. Aquí nuevamente se trata de una supuesta forma intermedia, no documentada en ningún lado, a pesar de tratarse de una formación reciente, de épocas en que nuestras fuentes escritas de ninguna manera pueden considerarse como exiguas. Las formas intermedias no documentadas nos parecen muy aceptables cuando se trata de etimologías romances, puesto que se sabe que durante muchos siglos el romance (o "latín vulgar") no se escribía. Pero en el Río de la Plata y en el siglo 18, hasta las formas más vulgares del español se escribían corrientemente y, en efecto, las formas más variadas de los platensismos y gauchismos se encuentran perfectamente documentadas. Para el tipo social del gaucho, encontramos documentadas las formas *gaucho*, *gaúcho*, *gahucho*, *garrucho*, *garucho* y *gauderio*, el último de los cuales no tiene que tener necesariamente el mismo origen que los demás, aunque algunos así lo hayan supuesto, generalmente por el mero hecho de tener iguales sus sílabas iniciales. Si una forma "intermedia no documentada" ha levantado resistencia en nosotros en el caso de *gaucho*, lo mismo sucede con **gauducho*, que ni siquiera tiene a su favor el hallarse documentado en otras regiones y con otro significado.

Nos parece, además, excesivamente rara la forma en que se derivaría **gauducho* de *gauderio*, no solamente porque *-ucho* es un sufijo

de muy escasa vitalidad en español y sobre todo en el español rioplatense donde adquirirá nueva vida solamente mucho más tarde, a principios del siglo 20, por influencia del elemento italiano que trajo su *-uccio*⁸, sino también porque aun si aceptáramos el uso del sufijo *-ucho* en el nivel popular y en el siglo 18, el resultado de *gauderio* + *-ucho* sería más bien **gauderucho*, no **gauducho*. Finalmente, sería difícil admitir que **gauducho* se redujera a *gaúcho*, puesto que esta palabra convive por algún tiempo con el supuesto original *gauderio*, y el lenguaje popular rioplatense no suele alterar las formas derivadas de tal manera que se pierda la conexión formal con la respectiva familia de palabras⁹.

Todo esto no deja de esta hipótesis nada más que un ingenioso juego mental, basado en similitudes y posibilidades, pero que no condice con lo que sabemos de la evolución real del vocabulario rioplatense.

III

Dirigiremos ahora nuestra atención hacia la hipótesis de Buenaventura Caviglia (hijo), formulada en varias oportunidades y resumida en el libro que citamos en la nota 1.

Esta hipótesis, si bien encontró eco en algunos autores no lingüistas, fue largamente ignorada por los lingüistas bien formados, mereciendo incluso unas observaciones bastante irónicas, como la ya citada de Corominas. Esto se debe, a nuestro entender, un poco al estilo chabacano y falta de seriedad del autor y otro poco a la falta de formulación científica. El mismo autor y en el mismo libro defiende esta hipótesis y dos o tres más: trata de derivar *gaucho* simultáneamente de *gauderio*, *guacho*, *garrucho* y aun de *ganaducho*, con argumentaciones y expresiones que más de una vez hacen reír no sólo al lingüista, sino hasta el poco entendido¹⁰.

A pesar de ello, creemos que esta vez Caviglia estaba en lo cierto en lo que se refiere a la etimología de *gaucho*: de *garrucho*.

No nos limitaremos aquí a repetir la hipótesis de Caviglia que, en su desarrollo, nos parece tanto o más inaceptable que las otras. En efecto, no creemos, no podemos creer que el paso de *garrucho* a *gaúcho* se deba a influencia "negroide", como dice Caviglia, ni que el proceso haya sido *garrucho* > *garucho* > *gaúcho*, y menos aun podemos aceptar la interferencia del guaraní, sobre todo no en la forma que Caviglia le atribuye. Como veremos en IV, no podemos suscribirnos tampoco al siguiente paso que da el autor en la reconstrucción de la historia de esta palabra: *garrucho* "portador de garrocha".

Creemos en cambio que, mediante otra deducción, podemos aclarar que el cambio de *garrucho* a *gaúcho* y posteriormente a *gaucho* satisface enteramente nuestros requerimientos metodológicos, en cuanto, primero,

no requiere ninguna forma intermedia no documentada, segundo, está de acuerdo con los hechos históricos conocidos, y tercero, concuerda con los procesos fonéticos conocidos en la zona de su probable formación, esto es, en la zona limítrofe entre el Uruguay, Brasil y Argentina.

En efecto, por haber estudiado durante muchos años el dialecto *fronterizo* de esta zona¹¹, poseemos un abundante material en su mayoría inédito sobre su sistema fonológico. Estamos pues en condiciones de atestiguar que la /rr/ vibrante velar múltiple del portugués brasileño, que ya en algunas otras regiones del Brasil se hace fricativa velar, en esta zona se transforma en fricativa uvular y aun en laringal, no diferente virtualmente de la /h/ inglesa.

Este fonema, en su última forma, no puede ser naturalmente asimilado por el hispano-hablante de las zonas que quedan inmediatamente al Sur del *fronterizo*, a ningún alofón de ningún fonema de su propio sistema, condición *sine qua non* para la interpretación de las palabras de otra lengua¹². El español de cualquier zona del Uruguay sólo tiene un fonema que posee un alofón fonéticamente parecido a esta [h]. Se trata del fonema /s/¹³. Pero este alofón [h] de /s/ muestra una distribución deficiente con el sud-brasileño y *fronterizo* [h] = /rr/, puesto que el primero se da solamente en posición final absoluta o en posición pre-consonántica interna, mientras que la segunda es siempre inicial o intervocálica. Por lo tanto, este sonido portugués dialectal no puede ser reconocido por el hispano-hablante ni identificado con ningún fonema propio, sino que debe sentirse como una mera aspiración que el hispano-hablante no puede reproducir. Para él, es más cercano a un cero fonético que a cualquiera de los fonemas de su sistema. He aquí pues la primera ecuación: ptg. *garrucho* [gahúšo] = esp. dial. *gaúcho* [gaúčo]. Se trata de una equivalencia fonético-fonológica que todo el que conozca el dialecto *fronterizo* puede testimoniar.

Hay que tener en cuenta que es un fenómeno de contacto de lenguas, no un fenómeno de evolución interna de una sola lengua. No puede hablarse en rigor de una "ley fonética" que se manifestaría en muchas palabras. Más aun, se trata del contacto de dos lenguas que en su léxico y en su origen son muy afines, sobre todo en esta región, donde los portuguesismos penetran profundamente en todo el Uruguay¹⁴ y la hispanización del léxico portugués del Río Grande del Sur es un hecho bien conocido. Por lo tanto, son muy escasos los vocablos portugueses con -rr- intervocálica que no tengan su *pendant* en el castellano del Río de la Plata. Esto hace que a la mayor parte de las palabras portuguesas que contienen -rr- [h] correspondan en esta región palabras españolas que contienen -rr- [r]: p. ej., *carro* [káhu]: *carro* [káro]. Sólo una palabra riograndense con -rr- intervocálica que no tenga equivalente en el castellano del Uruguay, podría experimentar el fenómeno que acabamos de describir para *garrucho*,

y eso siempre que esa palabra efectivamente sea tomada en préstamo. Es por esto que no podemos aducir en abono de nuestra etimología una serie de palabras similares, debiendo limitarnos a la comprobación de la equivalencia fonético-fonológica que hemos constatado innumerables veces en nuestros estudios del dialecto "fronterizo". Eso sí, resulta evidente que *garrucho* está en las condiciones mencionadas y, por lo tanto, satisface todos los requisitos.

Como segundo paso, debemos explicar la penetración de esta nueva forma — *gaúcho* — en el Río Grande del Sur, y su transformación en *gáucho* en el Uruguay y posteriormente en la República Argentina. Esto ya no ofrece ninguna dificultad.

El portugués *gaúcho* sería, en este caso, un hispanismo más en el lenguaje riograndense. Podría convivir con el original *garrucho* siguiendo la ley de especialización, bien conocida y esbozada ya por M. Bréal: la nueva palabra debería designar un concepto nuevo, como es efectivamente el nuevo tipo social del gaucho¹⁵, en formación entonces, y que sería un tipo especial dentro del significado más general que tendría la palabra original *garrucho*. Que así sucedió en efecto, eso lo veremos en el párrafo IV, cuando tratemos de la etimología de *garrucho*. Habría sucedido aquí exactamente lo mismo que cuando el español uruguayo tomó el portugués *farinha* que con su forma portuguesa incambiada — *farinha* — convive en todo el Uruguay con el español *harina*, pero con un significado más restringido y especializado¹⁶.

Por lo demás, en el caso de *gaúcho*, la especialización no habría sido tan completa, debido al ulterior desarrollo histórico. Mientras *gaúcho* ha ganado continuamente terreno en el Sur del Brasil hasta convertirse en sinónimo de "riograndense", *garrucho* se ha ido eclipsando siendo actualmente muy poco usado y aún poco conocido.

En cuanto a la transformación de *gaúcho* en *gáucho* en el español rioplatense, no requiere mayores comentarios, puesto que se trata de un proceso ampliamente documentado e ilustrado. Su difusión en toda el área rioplatense debe de haber sido consecuencia de la difusión del propio tipo social que designaba.

En resumen, partimos de *garrucho*, del portugués del Río Grande del Sur, una palabra bien documentada. Pasamos, por un proceso fonético y de contacto entre dos lenguas, conocido y todavía existente, directamente a *gaúcho*, sin suponer ninguna influencia desconocida, ni desplazarnos a otras áreas, ni hacer intervenir formas intermedias no documentadas. Llegamos a la forma actual que, por las razones expuestas en I, consideramos la primaria. De ella al castellano *gaucho* el paso es trillado y conocido.

He aquí la razón por la cual defendemos esta etimología.

IV

Queda por resolver el origen y el significado original de *garrucho*. Es una palabra bien documentada.

No nos referimos, naturalmente, al *garrucho* de Portugal y España, que es una voz marina que poco tendría que hacer en este caso, a pesar de haberse comprobado la existencia de muchas voces náuticas en el español americano¹⁷.

Nos referimos, en cambio, al término que designa a un tipo humano, tal vez al mismo gaucho ya, o bien a algún otro tipo. Caviglia trae la siguiente documentación: de 1813, una copla de los defensores españoles de Montevideo contra los sitiadores:

“Cuando Tía Candelaria
mellizos para,
lograrán los garruchos
tomar la plaza.”¹⁸

En Auguste de Saint-Hilaire, *Voyage au Rio Grande do Sul*, de 1820, dice así: “Ces hommes sans religion et sans morale, la plus part indiens ou métis, que les Portugais désignaient sous le nom de “Garruchos ou Gahuchos”...

En 1825, el Gral. Fructuoso Rivera escribía en una carta que se conserva en el Archivo Nacional del Uruguay: “...q. fue tomado por los garruchos como el dice...”.

Nótese que todas estas primeras documentaciones proceden precisamente del área donde suponíamos la formación de la palabra *gaucho*: el Uruguay y el Río Grande del Sur.

Cita además Caviglia el nombre del *Paso de los Garruchos* en el río Uruguay, que tiene dos poblaciones en sus dos cabeceras, una en el Brasil y la otra en la provincia argentina de Corrientes, que igualmente llevan el nombre de *Garruchos*. Este nombre geográfico sitúa la difusión de la palabra un poco más hacia el Norte, pero de todos modos dentro de Río Grande do Sul y en el límite con un país hispano-hablante, a sólo 300 kilómetros de la frontera uruguaya.

Aun cuando no podemos estar seguros en cuanto al significado de *garruchos* en el nombre geográfico, en cambio en las otras tres citas designa evidentemente a un tipo humano y, por lo menos en dos de ellas, en forma despectiva. Su fecha es además muy similar a la primera documentación de *gaucho*, pues pertenece a la misma generación.

Por nuestra parte, podemos agregar una cita más, que hemos encontrado en el magnífico y lamentablemente tan poco consultado libro de Juan Pedro Gay, que aun ahora guarda muchas sorpresas para el historiador y para el lingüista¹⁹. Se trata de una cita que, a nuestro juicio, es fundamen-

tal para la exacta interpretación de *garrucho*, puesto que da su significado exacto, su ubicación — que está dentro del área que estamos estudiando — y su época, que coincide con la de las citas mencionadas por Caviglia.

Gay, un gran estudioso que, además, escribió su libro siendo párroco de São Borja, en el Estado de Rio Grande do Sul, a escasos 50 kilómetros del *Paso de los Garruchos*, relata un hecho acontecido en el año 1817 en la misma localidad de São Borja, en los siguientes términos:

“Um militar fôra entretido a brigar enquanto outros compa-
nheiros seus estavam saqueando o altar mór da igreja, e chegando
depois que os outros tinham feito sua pilhagem, divisou que não
tinha ficado nada no altar mór de que elle podesse lançar mão.
Pelo que ficou colerico, mas tendo reparado com muita atenção
viu no alto do retabulo do mesmo altar uma estatua de N. Se-
nhora que tinha um par de brincos nas orelhas. Foi ver e princi-
piar a trepar pela escada lateral para ir tomar os brincos da santa
imagem, dizendo: deixem que eu leve os brincos d’esta *garrucha*,
de que ella não precisa mais.”

“Por aquellas paragens — aclara Gay — dava-se o nome de *garrucha* ás indias velhas.”

Teniendo en cuenta ahora que el mismo Gay, poseedor a la sazón de los registros parroquiales y otros documentos de la reducción jesuítica de San Francisco de Borja, declara, aparentemente con pleno conocimiento de causa: “o povo de São Thomé, que em 1690 tinha mandado uma colonia fundar o povo de São Borja com índios charruas, sendo os outros seis povos orientaes formados por guaranis”²⁰, vemos todo el problema en una luz completamente nueva. En efecto, ahora las primeras documentaciones de la palabra *garrucho* ocurren todas en áreas charrúas: en la Banda Oriental y en San Borja y sus inmediaciones. Su significado ya no es un indeterminado tipo humano, sino concretamente un indio viejo (o simplemente un indio). Puede conjeturarse pues que se trate simplemente de una voz charrúa, que podría significar “viejo” o algo parecido y que, al ser tomada por los portugueses, pasó a designar a un “indio viejo” o sea a alguien a quien los indios (por su edad) designaban con la palabra *garrucho*. Un desarrollo similar al de *china* y otras voces de origen indígena.

Es siempre aventurado, naturalmente, atribuir una palabra a una lengua de la cual nada o casi nada sabemos. Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que el charrúa evidentemente poseía algún fonema vibrante múltiple (probablemente velar), ya que desde la primera documentación el nombre de esta nación se escribe, con muy pocas excepciones, siempre con *-rr-*. Que sepamos, ninguna otra lengua indígena de esta región tenía un fonema de este tipo. Por lo tanto, desde el punto de vista formal, la pa-

labra podría ser charrúa. Si a esto agregamos la coincidencia de significado y de ocurrencia geográfica, nuestra conjetura no parecerá ya tan aventurada.

Desde el punto de vista semántico, esto explicaría también el proceso de la especialización de *gaúcho* frente a *garrucho* en el portugués riograndense en una etapa posterior. Porque si *garrucho* era un indio viejo o simplemente un indio, *gaúcho*, designaba a un tipo social que racialmente se basaba en el indio y en el mestizo (ya lo dice Saint-Hilaire), pero un indio muy especial desde el punto de vista sociológico. Por lo tanto, la palabra *gaúcho*, español *gaucho*, cubre sólo una parte del campo semántico de *garrucho*. Esto es exactamente lo que sucede en el caso de *china*, o de *fariña*. Luego, *gaúcho* y *gaucho* se conservan con gran vitalidad debido a la persistencia de este tipo social, mientras que *garrucho* se fue perdiendo a medida que el tipo indio que designaba se fue perdiendo también y absorbiéndose en la población general del Río Grande.

En resumen, no creemos desacertado suponer que *gaucho* proceda de una palabra charrúa que podría significar "viejo", pasando al portugués riograndense sin cambiar; fue adaptada por los hispano-hablantes del Norte del Uruguay en la forma *gaúcho*, de donde el español *gaucho*; mientras que pasó de nuevo al Brasil como *gaúcho*, designando esta vez no a un indio viejo cualquiera sino a un tipo social de entonces reciente formación en esta región.

NOTAS

- 1) *Gaucho de Garrucho "Portador de Garrocha"*. El Siglo Ilustrado, Montevideo 1933.
- 2) *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, s. v. GAUCHO.
- 3) *Páginas de crítica e outros escritos*. Belo Horizonte 1955, pg. 67.
- 4) *Gaúcho: História de uma palavra*. Pôrto Alegre 1957.
- 5) No nos referimos solamente al extremo Norte de la República O. del Uruguay, sino a toda la franja de contacto entre el español y el portugués, que incluye el Este y aun el Sudeste del país. La documentación más antigua que conocemos de *gaucho* procede del Depto. de Lavalleja, que está dentro de la zona así entendida.
- 6) Esta equivalencia de *gaucho* = *guacho* ha sido repetidamente expuesta (V. de Moussy 1860, Groussac 1893, R. Lenz 1905, V. Rossi 1921, E. F. Tiscornia 1925, N. de Sena 1928 etc.), sobre una base ya quechua ya araucana, pampa, guaraní o tupí.
- 7) Este sentido peyorativo se perdió virtualmente del todo, pero quedaron sus rastros en el Río Grande del Sur, donde *gauchada* significa una mala acción, mientras que en el Uruguay y en Buenos Aires la misma palabra designa una buena acción.
- 8) Había y hay naturalmente palabras formados con *-ucho*: *feucho*, *casucha*, *aguilucho* etc. Pero se trata de conservaciones; en el siglo 18, este sufijo no forma nuevas palabras puesto que no puede unirse libremente a cualquier vocablo.
- 9) Al contrario, en nuestro trabajo sobre *Vulgarización o adaptación diastrática de neologismos o cultismos*, "Revista Nacional" N.º 205 (Montevideo 1960) 385-400, creemos haber documentado que el lenguaje popular rioplatense somete los vocablos

nuevos a los cambios formales más inesperados con tal de hacerlos "adoptar" por alguna familia de palabras ya existentes. Esta es, por lo demás, la esencia del conocido fenómeno de la etimología popular.

10) P. ej.: "Según mi costumbre, disparé al respecto con ametralladora. Y eso, ¿no vale? Porque aunque sea por chiripa, un tiro entre mil, acabará por dar en el blanco?" — O: "Yo, al mismo tiempo, gracias a mis disparates, aporto de vez en cuando algunas noticias siquiera olvidadas."

11) Cf. J. P. Rona, *El dialecto "fronterizo" del Norte del Uruguay*, Montevideo 1959.

12) Cf. U. Weinreich, *Languages in contact*, Nueva York 1953.

13) W. Vásquez, *El fonema /s/ en el español del Uruguay*, en "Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias" N.º 10 (Montevideo 1953), pg. 88 sg.

14) J. P. Rona, *El problema de la frontera lingüística entre el portugués y el español en el Norte del Uruguay*, que aparecerá en el N.º 7 de "Organon" (P. Alegre).

15) Era un tipo social nuevo *aquí*. En otras provincias rioplatenses existía desde antes, pero no recibía ningún nombre especial. Esto contribuyó tal vez a la rápida difusión de la palabra *gaucho* en toda la Argentina.

16) Esto a pesar de que el hablante fronterizo no puede dejar de percibir la correspondencia entre ptg. *f-* y esp. *h-*, lo mismo que entre ptg. [h] y esp. [r]. Las dos situaciones son pues completamente análogas.

17) Cf. B. E. Vidal de Battini, *Voces marinas en el habla rural de San Luis*, en "Filología" I: 2 (Buenos Aires 1949) 105-150; L. D. Garasa, *Voces náuticas en tierra firme*, en "Filología" IV (Buenos Aires 1953) 169-209.

18) Citado por Isidoro De María, *Montevideo antiguo*, II. 62.

19) *Historia da Republica Jesuitica do Paraguay*, Rio de Janeiro, 1863, pg. 298 sg.

20) *Ibid.*, pg. 378. Esta cuestión ha sido debatida desde entonces, pero la afirmación de Gay es categórica y queda en pie el hecho de haber sido él el único historiador que tenía información de primera mano. Nosotros, por nuestra parte, hemos realizado también algunas investigaciones cuyos resultados — que serán publicados próximamente — parecen confirmar el aserto del Padre Gay; pues en libros parroquiales de San Borja del siglo 18, que hemos logrado localizar, encontramos nombres que no son guaraníes y que parecen relacionarse con lo que sabemos del charrúa.